

Música para vivir con sentido

Una nueva melodía

Íñigo Pirfano

«La música es terapia para el alma,
y el gran Íñigo Pirfano nos adentra en el
misterio del ser humano a través de ella.»

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

DESTINO

Íñigo Pirfano

Una nueva melodía

Música para vivir con sentido

© Íñigo Pirfano, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-233-6397-1

Depósito legal: B. 15.150-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Preludio	9
La gran ausente	25
Conectados pero incomunicados	47
Wagner y el reguetón	65
Zyklon B.	83
Así es (si así os parece)	101
Música contra la barbarie	119
Billetes de siete euros	137
Notas que curan heridas	153
<i>Possunt</i>	173
Una nueva melodía	189
Referencias discográficas	203
Notas	207

LA GRAN AUSENTE

En tiempos de falacia general, decir la verdad constituye un hecho revolucionario.

GEORGE ORWELL

Parece que los enormes avances tecnológicos que desde hace unas pocas décadas están transformando el perfil de nuestro planeta —y que han hecho que los países más desarrollados vivan en un estado de confort completamente desconocido para las generaciones precedentes— corren parejos con un paulatino deterioro de la salud mental y espiritual de los hombres y de las mujeres de hoy. Esta realidad es tan abrumadora y desconcertante que cabe preguntarse si no se tratará de una relación causa-efecto. La mano que porta un smartphone —como si se tratara de un apéndice sin el cual uno se sentiría mutilado— tiene a su disposición montañas de cosas superfluas, pero no es capaz de obtener aquello que más necesita. Dentro del inmenso almacén de mercaderías al que se comienza a parecer la vida de los ciudadanos de nuestro siglo, escasea un *producto* de gran importancia para que esta estructura que hemos creado —inestable como una torre de naipes— no se desmorone. Ese *producto* es *la verdad*. La verdad es la gran ausente en nuestro mundo.

En el interior del hombre contemporáneo se da una escisión, una ruptura. Por un lado, la proyección sublimada de una imagen irreal de sí mismo choca con la criatura de carne y hueso que en realidad es. Este desajuste es fuente de frustración, y con frecuencia lleva aparejada una práctica errática en la toma de decisiones. Por otro lado, un hedonismo omniabarcante invita a buscar la satisfacción personal a cualquier precio. La conciencia comienza a nublarse y ya no se toma en consideración ningún tipo de referente ético. El pronombre personal *yo* lo ocupa todo y el individuo se hincha como el sapo de la fábula. Se rechaza cualquier forma de compromiso, al no querer asumir ataduras que se consideran inaceptables. A fuerza de pactar una y otra vez con la insinceridad, el hombre se ha ido convirtiendo, poco a poco, en un extraño para sí mismo. Un interior enfermo de muerte envuelto —oh, paradoja— en un cuerpo tratado con mimo por el ejercicio físico y la dieta.

Esta enfermedad netamente posmoderna —y que está tan extendida que bien podría considerarse una pandemia— consiste en la carencia de lo que podríamos llamar *verdad personal* o *verdad vital*. Ausencia de coherencia con uno mismo, en definitiva. Al hablar de *verdad*, no hay que pensar en una verdad del tipo «el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos». Esta verdad es tan cierta, como corto es su alcance respecto de las cuestiones que más nos importan. Se trata de la verdad en la propia vida, de la transparencia en nuestros pensamientos y actos, de la honestidad en nuestras más íntimas disposiciones. Por desgracia, nuestro mundo asiste impotente a una ausencia generalizada de este tipo de verdad. No hay verdad en las palabras, ni en las acciones, ni en las relaciones, ni en las miradas. La verdad ha desaparecido porque, al tratarse de un concepto incómodo, ha sido des-

terrada. Y es que, cuando hablamos de verdad, es preciso suponer la existencia de una realidad sólida y objetiva a la que agarrarse. Y, por lo tanto, es necesario aceptar que existe lo correcto y lo incorrecto, lo que está bien y lo que no; y asumir que alguien acierta y que alguien se equivoca; y reconocer que ese *alguien* que se equivoca puede ser yo. La aceptación de que no estoy haciendo lo correcto exige humildad y expresa el deseo, al menos vago, de cambiar. Pero esto es costoso. Por ello, muchas veces preferimos expulsar la verdad de nuestras vidas, como si se tratara de un hijo al que no reconocemos. «La verdad es un perro al que hay que meter en la perrera a latigazos»,¹ dice el bufón al rey Lear.

Además, la apertura interior que exige la presencia de la verdad en la propia vida, remite necesariamente a una cuestión tremenda —terriblemente humana— sobre la que no deseamos pararnos a pensar ni por un momento: nuestra condición mortal. El encuentro con la verdad corre paralelo a la reflexión sobre la propia muerte. El hombre es el único animal que sabe que va a morir, y esto lo pone cara a cara con la pregunta por el sentido de la vida. Lo obliga a examinar su conciencia de cuando en cuando. La actriz sueca Ulla Jacobsson —que trabajó con directores de la talla de Ingmar Bergman— realizaba la siguiente reflexión al conocer la enfermedad grave que pondría fin a sus días: «Hice balance y me di cuenta de que debería hacerlo más a menudo. En la balanza de la vida llené los dos platos. En uno de ellos puse todo lo bueno que he vivido y recibido. Cuanto más tiempo pensaba en ello, más cosas me venían a la mente, y la balanza se volvía pesada y se inclinaba hacia ese lado (la familia, los amigos...). En el otro plato de la balanza puse mis decepciones, mi dependencia de la gente y de sus opiniones, y, finalmente, mi terrible enfermedad. Este plato era ligero, no equilibraba

la balanza. E incluso pienso que tal vez debería poner también mi sufrimiento en el plato de las cosas buenas».²

Aunque no nos guste pensar en ello, sabemos que el dolor y la muerte nos pueden sorprender en cualquier momento. Morir consiste en dejar las cosas a medias. La muerte siempre nos sorprenderá con algo entre manos. Por eso la muerte humana y la muerte animal no tienen nada que ver. El hombre sabe que va a morir; es consciente de que la vida es el espacio comprendido entre la cuna y el ataúd, como les gustaba recordar a los existencialistas. Pero esto, que para muchos es fuente de una tremenda congoja, en realidad constituye algo completamente natural; algo con lo que hay que aprender a convivir. Para empezar, la conciencia de nuestra naturaleza mortal hace del hombre un ser poético. El amor y el arte encierran una promesa de perdurabilidad. Las experiencias de plenitud que nos ofrece la vivencia amorosa contienen, de algún modo, una señal de eternidad. «Desearía que este momento no terminara nunca», dicen los que se aman, con la íntima sensación de que estas palabras resuenan en su interior con cierto aire profético. Dice Huxley: «Si, como sostiene el humanismo, el hombre naciera solo para ser feliz, no nacería para morir. Ya que su cuerpo está condenado a la muerte, su tarea evidentemente debe ser más espiritual: no el *grosso* involucramiento en la vida cotidiana, no la búsqueda de mejores formas para obtener bienes materiales y su consumo libre de preocupaciones. Debe ser el cumplimiento de un deber sincero y permanente, de tal manera que el viaje de la vida se convierta en una experiencia de crecimiento moral: dejar la vida siendo un mejor ser humano del que uno era cuando llegó».³

En el caso de la música se da una experiencia similar. Creo que esta expresión artística llega a nuestros corazones de manera tan directa y especial porque su naturaleza nos

recuerda a la nuestra. En el discurso musical, cada nota ha de morir para dejar paso a la siguiente. Pero —como sucede con la vida del hombre— en este morir consiste su vivir. Un instante deja paso al siguiente, conformando así el flujo de la existencia. En el fondo, vivir es morir un poco cada día. Afirma Adam Zagajewski: «El impulso melancólico en el arte está muy cerca de mi corazón. Nuestra vida es corta, somos perecederos, este gesto melancólico es para mí uno de los gestos esenciales. La música es una forma de decir adiós a la vida, al tiempo».⁴

La conciencia de saberse mortal hace del hombre un *Homo poeticus*, un ser que poetiza. La *vox clamantis* del arte viene a ser una forma de escapar del desgarramiento que produce una realidad tan dolorosa como cierta. A pesar de contar con la seguridad absoluta de que ese momento llegará, al hombre le cuesta terriblemente aceptar su condición mortal, ya que no está dispuesto a abrazar pacíficamente esta realidad. Prefiere dejarla de lado y vivir como si lo fuera a hacer para siempre: sin freno, sin cortapisas, sin remordimientos. De esta manera, y dado que la conciencia de la propia mortalidad lleva consigo el imperativo de vivir instalados en la verdad, hay que evitar considerarla una realidad objetiva e interpelante. Por medio de una pirueta especulativa que ni tiene rigor ni lo pretende, el hijo de la posmodernidad se ve en la necesidad de construir conceptos como *posverdad*, *descomposición del orden epistémico* o *emancipación*, que repite en su interior a modo de mantras para acallar cualquier género de desasosiego; usándolos como una alfombra debajo de la cual poder depositar toda su miseria. La verdad —se dice a sí mismo— es un concepto que manejaban las generaciones anteriores, mucho más crédulas e ingenuas que la nuestra. Así, liberados de esa herencia perniciosa, se sostiene que no tiene sentido hablar de una *verdad* —y el que lo haga es acusado inmedia-

tamente de fanático e intolerante—, y se rinde un culto idolatrando al relativismo y al imperio de los caprichos de cada cual. Pero el relativismo solo se puede aplicar de manera impositiva, porque no resiste el menor escrutinio filosófico. Como el uróboro, el relativismo siempre se fagocita a sí mismo. Decía el director de orquesta Sergiu Celibidache que nos hemos acostumbrado a no defender ninguna idea: que todo vale, que todo es lo mismo, que todo es subjetivo... Y añadía que el día en que le regalara a su mujer un paquete lleno de excrementos de paloma y se lo agradeciera, lo creería.

Y, de igual manera que se combate la verdad, es necesario acabar con su hermana pequeña, la belleza. La belleza es una vocecita que remite a la verdad, por lo que resulta tan incómoda como esta. Pienso que aquí reside el motivo por el cual hoy en día asistimos a actos de auténtica iconoclasia estética. No deja de ser curioso que ferias de arte, galerías, salas de espectáculos y teatros fomenten propuestas que solo pretenden destruir cualquier forma de belleza, violentando así la propia naturaleza de la obra artística. Y es que la alternativa es clara: o destruyo esa fastidiosa voz que exige de mí un cambio de actitud o me destruyo a mí mismo. Cuando las cosas se plantean en semejantes términos, el instinto de conservación suele terminar imponiéndose. Porque la experiencia de lo bello mueve resortes en el interior de las personas y las invita a actuar, a hacer balance, a mejorar. «Tienes que cambiar tu vida», dice el último verso del poema que Rilke dedica al torso arcaico de Apolo.

En el fondo de su corazón, el ser humano experimenta una enorme nostalgia de la verdad. La nostalgia no es el anhelo de algo que se desea. Es un sentimiento vago pero real: añoranza de lo que alguna vez se tuvo y se dejó escapar; pesadumbre por haber malgastado lo que se debería

haber retenido. El conmovedor final de *El Paraíso perdido* de Milton lo describe muy bien:

*Volviendo la vista atrás, contemplaron toda la parte oriental
del Paraíso —antes su dichosa morada—
ondulando bajo la tea centelleante; la puerta
estaba defendida por figuras temibles y fieras armas.
Derramaron algunas lágrimas, que enjugaron enseguida.
El mundo entero estaba ante ellos para que eligiesen el sitio
de su reposo, y la Providencia era su guía.
Ellos, asidos de la mano, y, con inciertos y lentos pasos,
siguieron a través del Edén su solitario camino.⁵*

Es la experiencia de quien ha malvendido su primogenitura. Esta pérdida de la verdad es ontológica —no cronológica—, porque la verdad se encuentra inscrita en el corazón. No se perdió en algún momento de la historia o de la vida de los hombres, sino que se pierde cada vez que el ser humano se rebela contra los dulces requerimientos de su conciencia. El hombre pertenece a la verdad y necesita vivir en ella para alcanzar la felicidad, lo que constituye su fin último. Por eso Pascal decía que todos los hombres quieren ser felices, hasta los que van a ahorcarse.

Tal vez el ámbito en el que se acusa más esa carencia sea el de las relaciones amorosas. La insinceridad en este campo produce estragos. El hombre es un ser que necesita amar y ser amado. Ha nacido para ello y hacia ello se encamina su existencia. Solo en clave de amor encuentra el hombre la respuesta a sus miedos e inquietudes. Solo en la unión con otras personas supera su estado de soledad existencial. Por eso las relaciones personales ocupan el lugar más importante en el que el hombre está llamado a actuar con autenticidad. Es precisamente ahí donde ha de empeñarse en vivir de manera coherente. El problema es que se

ha abusado tanto de la palabra *amor* que su significado prácticamente se ha vaciado. El amor es una realidad difícil de definir en positivo: sabemos más bien lo que no es que lo que es. La relación amorosa viene a ser como el árbol que se reconoce por sus frutos. ¿Quién se atrevería a definir el amor? Los filósofos escolásticos decían que nada puede ser deseado —o amado— si antes no se ha conocido («*nihil volitum nisi praecognitum*»). La verdadera sabiduría —en su sentido de *sapida scientia* (ciencia sabrosa)— consiste en aprender a paladear nuestra verdad más íntima, la razón por la que nos levantamos cada mañana. «¿Para qué estoy en el mundo?», se pregunta de manera más o menos consciente todo hombre que desea sincerarse con la imagen que contempla en el espejo. La respuesta, a mi modo de ver, es clara: para amar y ser amado. Aquel que ama de verdad y *en* verdad ha encontrado el sentido de su existencia. Quien no sabe amar, por el contrario, se agita inútilmente en busca de certezas y consuelos, que nunca podrá encontrar aunque tenga a su alcance todo tipo de comodidades y placeres. Y es que el amor —y este es el quid de la cuestión— vive en el seno de una paradoja: solo se experimenta en plenitud cuando se derrocha, cuando se malgasta; en la autonegación y en la entrega generosa a los otros.

La experiencia que se sigue de una relación amorosa auténtica es el éxtasis (*ek-stasis*): la salida de uno mismo en la entrega al otro. La conjugación incondicional de un *tú* que nos llena de gozo y de sentido. En la película *To the Wonder*, de Terrence Malick, la protagonista se pregunta sobre la naturaleza de su relación amorosa: «¿Dónde estamos cuando estamos *allí*? ¿Cuál es la verdad?». El film presenta una inteligente visión acerca del difícil equilibrio sobre el que se construye cualquier relación afectiva. Cuando la pareja actúa conforme a lo que considera correcto, su unión se tiñe de una alegría desbordante. Y al contrario:

siempre que alguno de ellos se deja arrastrar por el afán de imponerse al otro, terminan instalados en el discurso del odio. Ya no contemplan al otro como amante, sino como objeto para la propia satisfacción. Sus corazones se endurecen y la relación se enfría, se vuelve distante, aun cuando compartan mesa y lecho. En uno de los accesos de violencia verbal y física que acontecen entre ellos, vuelve a reflexionar la mujer: «¿Cómo ha podido el odio ocupar el lugar del amor? ¿Cómo ha podido mi tierno corazón volverse duro?». La verdad ha dejado paso al engaño. La insinceridad y la sospecha se han abierto paso y campan libremente allá donde antes reinara la ternura. La mirada entre ellos ya no es de proyección —un descubrimiento con gozo de las potencialidades del otro—, sino de instrumentalización. Ese tipo de mirada que cosifica a las personas, que las priva de su dignidad y las convierte en realidades útiles o inútiles para mí. Este endurecimiento de la mirada puede llegar hasta la completa perversión, como se desprende del testimonio del miembro de las SS Oskar Gröning, que perpetró numerosos fusilamientos de niños durante la Segunda Guerra Mundial. Al ser interrogado sobre lo que pasaba por su mente en aquellas circunstancias —si acaso no sentía una mínima compasión al cercenar aquellas vidas recién estrenadas—, contestaba con frialdad que él no veía niños, solo veía sangre judía, y, por lo tanto, potenciales enemigos del Reich, causantes de las desdichas que había sufrido Alemania al terminar la anterior guerra. Este testimonio constituye un límite, ciertamente. Se puede decir que traspasa las fronteras de lo humano. Sin embargo, hoy en día convivimos con algunas realidades que denotan una dureza similar, y a las que no parecemos dar demasiada importancia. Por ejemplo, la indignación que un puñado de cibernautas manifestó recientemente ante la detención de unas personas que defendían el asesinato en

las redes sociales; o los comentarios —supuestamente irónicos— ante el fallecimiento de un político: «Otro corrupto menos ;-»». La podredumbre no se instala en el corazón de la noche a la mañana. Es un proceso largo, lleno de pequeñas claudicaciones, de detalles minúsculos frente a los que debemos reaccionar antes de que sea demasiado tarde.

La ópera *Così fan tutte* (Todas son iguales), con música de Mozart y libreto de Lorenzo Da Ponte, constituye una de las propuestas musicales más crudas y descarnadas que existen sobre el tema del amor. Desde un enfoque propio del cinismo ilustrado, el mensaje central de este *dramma giocoso* —drama jocoso: la designación es elocuente— es que las relaciones humanas sinceras no son posibles. No existen el amor, ni la generosidad, ni la lealtad. Todo es un juego de intereses personales y mezquinos. Las mujeres son volubles por naturaleza; los hombres, promiscuos. Acompañado de una música sublime, y en un tono de chanza —lo que aún lo hace más desgarrador—, este libreto corroe los cimientos mismos de la sociedad. Las dos parejas de amantes protagonistas vienen a ser como unos títeres manejados por los tirones de sus impulsos. El personaje principal es don Alfonso, un viejo descreído y burlón que trama la siniestra apuesta con la que se pone en marcha todo el conflicto. Este personaje es fascinante y terrible. Mozart y Da Ponte lo hacen pasar por un carácter lleno de humanidad y de sabiduría de la vida, pero en realidad está lleno de abyección y de cinismo. Un personaje así no surge de la nada, es fruto de una evolución. De hecho, existe una interesante conexión entre los títulos que conforman la trilogía que salió de las plumas del compositor y el libretista. Las óperas que la forman son *Las bodas de Fígaro* (1786), *Don Giovanni* (1787) y *Così fan tutte* (1790).

Los roles de Cherubino, don Giovanni y don Alfonso constituyen, en realidad, un mismo personaje. En *Las bo-*

das de Fígaro, Cherubino es un adolescente desubicado e hiperactivo, esclavo de sus hormonas y obsesionado con el bello sexo. Con la turbación propia de su edad, describe la vehemencia de su pasión en arias como la siguiente:

*Ya no sé ni lo que soy, ni lo que hago...
 unas veces soy de fuego, otras de hielo...
 Cualquier mujer me hace mudar el color,
 cualquier mujer me hace palpar.
 Con solo escuchar el nombre de amor, de gozo,
 se me turba, se me altera el pecho
 y me obliga a hablar de amor,
 un deseo, un deseo que no puedo explicar.⁶*

W. A. Mozart, *Le nozze di Figaro*,
 «Non so più cosa son, cosa faccio»



En la siguiente entrega de la trilogía, el adolescente ha crecido y se ha convertido en el seductor *profesional* don Giovanni: un depredador compulsivo que —como dice su criado Leporello en el *aria del catálogo*— seduce incluso a las viejas por el mero placer de incluirlas en su lista de conquistas:

*A las viejas las conquista
 por el placer de agregarlas a la lista.
 Su pasión predominante
 es la joven principiante.*

*Le da igual que sea rica,
que sea fea, que sea hermosa;
con tal de que lleve faldas,
¡vos ya sabéis lo que hace!*⁷

W. A. Mozart, *Don Giovanni*,
«Madamina, il catalogo è questo»



Al envejecer, el conquistador irredento de don Giovanni, hastiado de una vida de experiencias cada vez menos satisfactorias, se transforma en el viejo don Alfonso —al que mencionábamos más arriba—, que corrompe a los jóvenes soldados de *Così fan tutte*, haciéndoles ver que el amor es una ilusión, y que la vida no es más que una burla amarga:

*Todos acusan a las mujeres,
y yo las disculpo
si mil veces al día
cambian de amor.
Unos lo llaman vicio;
otros, costumbre.
Y a mí me parece
una necesidad del corazón.
El amante que se encuentra
al fin burlado,
que no condene*

*el error de los demás,
sino el propio.
Ya que jóvenes, viejas,
hermosas y feas...
Repetid conmigo:
lo mismo hacen todas.*⁸

W. A. Mozart, *Così fan tutte*,
«Tutti acusan le donne»



La trilogía de Mozart y Da Ponte puede considerarse un estudio fiel de las relaciones amorosas en un mundo que ha dejado de creer en el amor. El amor es una realidad personal e intensa. Tanto es así que, cuando una relación no es verdadera, constituye una de las peores mentiras que existen. La promiscuidad aleja el conocimiento personal. Solo le interesa la diversidad, lo múltiple. Relaciones altamente inestables, de usar y tirar. Comercio fácil, carne de una noche. La sospecha se instala en el núcleo más íntimo de la relación, y esta queda al albur de los sentimientos, apetencias o caprichos. El filósofo Byung-Chul Han afirma a este respecto: «La promiscuidad general que, en el presente, se da en todos los ámbitos de la vida, y la falta de la otredad inmunológicamente efectiva se condicionan de manera mutua [...]. La depresión es una enfermedad narcisista. El narcisismo te hace perder la distancia hacia el otro y ese narcisismo lleva a la depresión, que comporta la pér-

dida del sentido del eros. Dejamos de percibir la mirada del otro [...]. La forma de curar esa depresión es dejar atrás el narcisismo. Mirar al otro, darse cuenta de su dimensión, de su presencia».⁹

Mirar al otro supone salir de sí, dejar a un lado los propios gustos, preferencias y deseos para abrirse a una relación fecunda y exigente. Poner entre paréntesis la falsa seguridad que se siente dentro de los muros del *yo*, para adentrarse en el siempre desconocido y fascinante ámbito de un *tú* que viene a completarnos y a dotar de sentido toda nuestra existencia. Naturalmente, esto —como cualquier forma de *entrega*— siempre entraña un riesgo, de la misma manera que para poder nadar es necesario dejar atrás la seguridad de la orilla. El verdadero amor reclama confianza, lealtad: virtudes de las que nuestro mundo anda muy escaso. Hoy vemos cómo las personas y las instituciones se ven en la permanente necesidad de hacer gala de transparencia, como si esto constituyera la garantía de que son confiables. En realidad, están incurriendo en una contradicción, puesto que la verdadera confianza excluye la transparencia. Confiar en algo o en alguien supone aceptarlo plenamente. Tal como es y se presenta, sin necesidad de que me demuestre nada. Un excesivo afán de mostrar o reclamar transparencia termina resultando sospechoso. Seguramente oculta algo, como sucede con las falsificaciones y las réplicas. A diario experimentamos a nuestro alrededor los zarpazos de la carencia de autenticidad. Estamos sometidos al influjo de modelos que se construyen sobre la insinceridad y la deshonestidad. Por eso resulta a veces tan costoso dotar de verdad a nuestras acciones y nuestras vidas: porque se trata de un ejercicio heroico de navegación contra corriente. Además, en las relaciones humanas siempre se debe estar preparado para afrontar conflictos y crisis. Con esto, volvemos a la pregunta que formulaba anteriormente: ¿en qué consiste amar? Como he-

mos visto, el amor es la expresión y el fruto de la verdad en la propia vida. Solo el amor puede vencer a la mentira. La mentira destruye las relaciones, socava nuestra propia naturaleza social. En la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, Marlow —el marinero protagonista— comenta: «Odio, detesto, me resulta intolerable la mentira, no porque sea más recto que los demás, sino porque sencillamente me espanta. Hay un tinte de muerte, un sabor de mortalidad en la mentira que es exactamente lo que más odio y detesto en el mundo, lo que quiero olvidar. Me hace sentir desgraciado y enfermo, como la mordedura de algo corrupto».¹⁰

En una entrevista concedida poco antes de su muerte, el controvertido intelectual Gerard Mortier —director artístico de entidades tan emblemáticas como el teatro de la Monnaie de Bruselas, el Festival de Salzburgo, o la ópera de Nueva York— afirmaba lo siguiente: «Sabemos que el sexo completamente libre destruye a la sociedad. Estoy completamente convencido de ello. Necesitamos límites, y la mitología de la figura de Don Juan tiene que ver precisamente con esto. Personajes como Don Juan son elementos destructivos para una sociedad. Yo no defiendo que todo debe estar permitido, que todo es posible. De cualquier manera, el “amor libre” es una tautología: un verdadero amor es siempre libre».¹¹

La seña de identidad que distingue al verdadero amor de cualquiera de sus falsificaciones es la libertad con la que se entrega. El verdadero amor no reclama; ofrece. Se ofrece. Como veíamos antes, toma la forma de la magnífica paradoja que solo conoce bien quien la ha experimentado: se acrecienta cuando se derrocha. Con generosidad, con magnanimidad, con grandeza. El amor erótico manifiesta la fascinación por el otro. Esto incluye, como es lógico, su dimensión corporal, pero no se reduce a ella. La persona es

mucho más que su cuerpo. Esta fascinación produce un placer cognitivo y objetivo, y conduce a la plenitud. El consumo de pornografía —que hoy en día tiene más adictos que el alcohol y las drogas— es su sustitución: una forma de idolatría, en la que lo personal se suprime conscientemente. El placer que produce es sensorial y subjetivo, y con frecuencia conduce a la neurosis. No es un homenaje a la belleza del cuerpo humano, sino una profanación de la misma. Este tipo de profanación —de sustitución idolátrica— también se da en el terreno del arte. Donde no hay un verdadero cultivo de la belleza, surgen las adicciones. Es algo que forma parte del núcleo de la experiencia posmoderna. Martin Buber realiza un aporte significativo cuando indica que las relaciones interpersonales son de dos tipos: yo-ello y yo-tú. El primero es el que tenemos, por ejemplo, con la cajera del supermercado. Este tipo de relación se transformaría en la segunda, si dicha cajera se desmayara y la atendiéramos, abriendo así un cauce para la empatía. Por eso el amor —que se corresponde con este segundo tipo— es una forma de conocimiento real, tal vez la más importante.

¿Qué hacer cuando una relación se deteriora?; ¿cuando el aura de la persona amada se desvanece y, poco a poco, comienza a resultar anónima para el amante?; ¿cuando la indiferencia expulsa al afecto? La solución tiene un nombre: el perdón. El perdón es la clave de todo, la gran solución de que dispone el ser humano para restañar las heridas, para restablecer la armonía cuando las relaciones han quedado dañadas. Es bueno saber que las relaciones humanas nunca son simétricas. Siempre hay una parte que da más, aunque no sea siempre la misma. Pero esa parte que se entrega más, que es más generosa, más humilde, más comprensiva, es la más grande dentro de dicha relación. El perdón es el mayor regalo que podemos ofrecer para recuperar la verdad en nuestras relaciones. La palabra *perdón*

tiene su origen etimológico en *per-donare*, que significa precisamente *regalar*. El perdón es el más preciado don, el regalo más valioso que podemos hacer. En ocasiones pensamos que un conflicto en el seno de una relación se puede arreglar regalando *cosas*. Y no caemos en la cuenta de que lo que la otra persona necesita es que nos regalemos a nosotros mismos. No necesita un *qué*, sino a un *quién*. Perdonar es regalar nuestro criterio, nuestra opinión, nuestra seguridad, nuestro orgullo. Es el acto más soberano de humildad y de grandeza que pueda existir. La humildad y la grandeza —lejos de contradecirse— se autoimplican. El que es humilde es grande, y el que es grande es humilde. Hay que tener en cuenta que el mal no se puede olvidar; solo se puede perdonar. Por más que queramos, no poseemos un control absoluto sobre la imaginación y la memoria que nos permita borrar de nuestra mente las ofensas recibidas. Con frecuencia se escucha aquello de «perdono, pero no olvido», lo que equivale a decir «en realidad, no estoy dispuesto a perdonar». La frase correcta —el verdadero sentido humano del perdón— sería más bien este: «Aunque no puedo olvidar —puesto que no está en mi mano hacerlo—, te perdono».

El perdón es mucho más que el mero olvido o el pasar por alto el mal sufrido. La persona puede perdonar de veras y hacerlo de corazón, a pesar de que ese mal infligido no desaparezca nunca de su memoria. El perdón verdadero no exige justificaciones ni pruebas de ningún género. Siempre habrá de ser incondicional y absoluto. «Ámame todo lo que puedas porque, si no lo merezco, entonces lo necesito mucho más», decía Helen Keller. El perdón es algo muy profundo y poderoso desde el punto de vista antropológico. Solo las personas podemos perdonar. Podemos asumir el mal recibido, hacerlo nuestro, y ahogarlo en un océano de perdón. Perdonar es releer la historia. Es la

decisión de afirmar al sujeto por encima de sus errores. Pocas cosas hay tan bellas, tan transformadoras —y tan costosas— como el perdón sincero. La capacidad de pedir perdón o perdonar fortalece las relaciones, volviéndose estas más sólidas que antes de que el daño se hubiera producido. Tiene la virtud de convertir en bueno lo que constituía un mal objetivo. La persona que pide perdón y perdona es siempre magnánima. Está dispuesta a abrirse al otro, cuando detecta que la falsedad comienza a hacer su aparición en el escenario de la vida. Procura vivir instalada permanentemente en la verdad; en esa verdad que nos hace seres abiertos hacia los demás.

Las grandes revoluciones sociopolíticas se han mostrado falaces a lo largo de la historia en su intento de delinear un universo de actuación en el que los hombres encuentren el sentido a su existencia. Solo la capacidad de perdonar —de autorregalarse generosamente pisoteando el propio criterio— puede lograr que una persona, una familia, una empresa o una sociedad progresen verdaderamente, se instalen en un marco de verdad y de autenticidad. Además, el que perdona no solo es magnánimo, sino también fuerte. Hay que poseer una gran fortaleza interior —renuncia del propio yo— para otorgar el regalo del perdón. Los débiles —que no se corresponden con los apocados o los tímidos, sino con los egoístas y dominadores— no están dispuestos a asumir semejante sacrificio. «Las personas débiles —vuelve a decir el personaje de la película de Malick— nunca son capaces de acabar nada; esperan a que lo hagan los demás.» Solo los fuertes están llamados a acometer cosas grandes en la vida, porque están preparados para rectificar constantemente el rumbo cuando se dan cuenta de que han hecho las cosas mal.

Como decíamos, la verdad es la gran ausente en las vidas de muchas personas. Nuestro opulento mundo nos ofrece de todo, excepto aquello de lo que tenemos más ne-

cesidad. El hombre y la mujer de hoy, obsesionados por el éxito y el bienestar, están carentes de resortes sobre los que construir proyectos sólidos de vida. Como una persona que luciera espléndidas joyas sobre la ropa interior. Se cuenta que el viejo Sócrates caminaba por el mercado de Atenas mascullando: «¡Cuántas cosas no necesito!». Lo único verdaderamente importante es dotar a la vida de sentido, de una razón por la que vivir. El hombre de hoy muestra un característico apagamiento en la mirada, expresión inequívoca del sentimiento de nostalgia que lo invade. Es la antítesis de lo que Shakespeare describe en un precioso verso de su «Soneto XXIII»:

*Oír con los ojos es una de las agudezas del amor.*¹²

Los ciudadanos del momento en que nos ha tocado vivir estamos sometidos a este peligro: un estado general de melancolía, que frecuentemente intentamos acallar por medio del ruido interior y de la actividad exterior. Experimentamos esta forma de confusión, en el torbellino alocado de un mundo que parece ofrecernos absolutamente de todo; que nos promete —con el cinismo del que sabe que no puede cumplir— los bálsamos necesarios con que ungir las llagas producidas por la falta de sinceridad interior. Tal vez nos asuste la idea de pararnos a considerar si tal vez tendríamos que dar un giro de timón en nuestras vidas; si quizás deberíamos replantear el rumbo de una trayectoria a la que nos hemos acostumbrado con el erróneo convencimiento de que somos así y de que nunca podremos cambiar. Sin embargo, es imprescindible hacerlo. De vez en cuando es bueno detenerse a sopesar qué estamos haciendo con nuestra vida; dónde se encuentra lo verdaderamente sustancial y dónde lo accesorio; si acaso —por atolondramiento o cansancio— no estaremos falseando la calidad de

nuestras relaciones, la coherencia de nuestros actos. Y en caso de que nos hayamos desviado —poco o mucho— de la senda que nos habíamos propuesto recorrer, restablecer el orden perdido con grandeza de ánimo y generosidad, pidiendo perdón y perdonando. Esto trae como fruto la sinceridad, y, con ella, la alegría.

La gran música —al igual que cualquier otra manifestación artística esforzada— es transformadora porque comunica verdad. Nos ofrece una ocasión de cambiar, como recuerda el torso arcaico de Apolo. El encuentro con la verdad que se produce al contacto con la obra artística trae a la mente la imagen del regreso a un hogar largamente añorado. El ser humano es un caminante, un peregrino, un buscador. Está siempre en camino, aunque muchas veces no sepa exactamente a dónde va. Hay un precioso *Lied* de Schubert titulado *Der Wanderer* (el caminante), que habla precisamente de la persona que deambula por los montes como una imagen del peregrinaje humano por la vida:

*Con qué claridad me habla la luz de la luna,
dándome ánimo en este viaje:*

*«Sigue fiel la vieja vía,
no elijas ninguna patria.*

*Pues eterno tormento
traerán los días difíciles.*

*Debes cambiar,
debes caminar,
dejando atrás todo lamento.*

*Con baja marea o fuerte corriente,
con ánimo profundo,
sigo caminando en la oscuridad.*

*Siempre alegre y decidido,
y el mundo me parece bueno.*

*Toda pureza
se refleja suavemente,
con total nitidez
en el seco ardor del día:
alegremente rodeado, pero solo.*¹³

F. Schubert, *Der Wanderer*,
op. 65, N.º 2, D. 649



Dice Gescinska: «Schubert, que vivió en muchos sitios pero casi nunca se sintió en casa, da expresión sonora a esa búsqueda continua sin rumbo preciso, cultivando el arquetipo del peregrino errante, y, de esa forma, agudiza y alivia al mismo tiempo el dolor de la búsqueda y la alienación. Por eso, la música de Schubert es para mí un hogar donde refugiarme».¹⁴

A pesar de todos sus errores e insinceridades, el hombre sigue siendo hombre: esa criatura incompleta y contradictoria, que es capaz, al mismo tiempo, de enamorarse y de realizar acciones admirables. Para ello, habrá de emprender el camino de vuelta —una y otra vez— a ese hogar que es la verdad. Un hogar del que se siente añoranza. Un hogar que abandonamos tal vez demasiado pronto, fascinados por las promesas de una vida que terminó siendo engañosa. Esa verdad profunda, existencial, amorosa que, como una madre, siempre nos acoge, y a la que siempre podremos acudir para encontrar seguridad y abrigo.